

Llegamos á encontrarnos casi á tiro de bala: avanzando una milla mas, era el combate inevitable.

Todas las azoteas de Montevideo estaban cubiertas de curiosos, los mástiles de los navíos mercantes y de guerra de todas las naciones estacionados en el puerto estaban, por decirlo así, empavesados de hombres. Todos estos espectadores aguardaban con ansiedad el resultado de una lucha que á cada momento se hacia mas precisa; pero el comandante de la flota argentina no se quiso arriesgar á combatir, se alejó mar arriba, y nosotros entramos en el puerto, donde no bastaron á indemnizarnos los universales aplausos que nos saludaron á nuestro arribo.

VII.

INSURRECCION ANGLO-FRANCESA.

Los asuntos iban de mal en peor para Montevideo, cuando la intervencion anglo-francesa hizo cesar el bloqueo entre las dos potencias, apoderándose de la flota enemiga y repartiéndosela.

Entonces se dispuso una expedicion al Uruguay.

El objeto de esta expedicion fué hacerse dueños de la isla de Martin García, de la ciudad de Colonia, y de algunos otros puntos, principalmente del Salto, por el cual se podian abrir comunicaciones con el Brasil, al mismo tiempo que se formaba en él un núcleo de ejército destinado á reemplazar el que habia sido destruido.

Yo embarqué en mi flotilla doscientos voluntarios y me dirigí hácia el fuerte Martin García.

Le encontramos abandonado y le ocupamos.

Tambien se hallaba abandonada la ciudad de Colonia, pero al llegar á ella se encontró nuestra flotilla con la escuadra anglo-francesa.

La legion italiana desembarcó, y combatió y recha-

zó al general Montero, que se hallaba con fuerzas superiores al lado opuesto de la ciudad. Durante este tiempo trabaron las escuadras, yo no sé con qué objeto, un fuego violento contra Colonia, desembarcaron sus tropas y formaron nuestra reserva en el ataque que sostuvimos contra el general Montero.

A las dos de la tarde entramos en la ciudad.

La legion italiana fué acuartelada en una iglesia, y yo la dí las órdenes mas eficaces de respetar los mas insignificantes efectos pertenecientes á nuestros enemigos, obligados á abandonar sus casas.

Inútil es decir que los legionarios las obedecieron religiosamente.

La ciudad fué ocupada y fortificada por los nuestros, que al salir de ella dejaron guarnicion.

Las flotillas inglesa y francesa entraron en el Paraná, y destruyeron, despues de un combate que duró tres dias, las baterías que amenazaban el paso del rio.

La resistencia que opuso el enemigo fué heroica.

Yo continué con mi flotilla, compuesta de un bergantín, una goleta y otros buques mas pequeños, la marcha rio arriba.

Durante el tiempo en que estuvimos juntos, el al-

mirante francés y el comodoro inglés me dieron pruebas del mucho aprecio que me profesaban, aprecio con que ha continuado favoreciéndome muy particularmente el almirante Laine.

Uno y otro vinieron con frecuencia á sentarse en nuestro vivac, participando de la carne asada de que se componia nuestro ordinario alimento.

Auzani, que nos acompañaba en nuestra expedicion, compartia conmigo la simpatía de ambos jefes, porque era uno de esos hombres á quien bastaba ver una sola vez para profesarle la mayor estimacion, el mas vivo aprecio.

Al mismo tiempo que nuestra flota se encaminaba al Uruguay, se unian á nosotros algunos soldados de caballería, mandados por el capitan de la Cruz, verdadero héroe que se hacia estimar tanto por su valor, como por la bondad de su carácter.

Estos hombres siguieron á la flotilla costeano el Uruguay, y nos prestaron grandes servicios, primero como exploradores y despues como abastecedores de víveres.

A su marcha ocuparon algunas aldeas, las Vacas, Mercedes y otras.

El enemigo era siempre vencido en donde quiera que le hallaban; solo Paysanda, ribera fortificada de la playa del Uruguay, trató de destruirnos con su

artillería, pero en suma no pudo hacernos mucho mal.

Después de haber salvado el tránsito de Paysanda, tomamos posición en una estancia llamada El Hervidero, y allí permanecimos muchos días.

El general Valleja intentó atacarnos una noche con su infantería, caballería y artillería, pero fué rechazado por nuestros invencibles legionarios con pérdidas muy grandes.

Yo escribí al gobierno desde El Hervidero por medio del capitán Montaldi, que volvía á Montevideo en una goleta de comercio; pero la goleta fué atacada al pasar delante de Paysanda, envuelta por las embarcaciones enemigas y ocupada después de una vigorosa resistencia, sostenida por el capitán Montaldi, quien quedó abandonado sobre el puente del buque y hecho prisionero.

También por nuestra parte apresamos un crecido número de barcos que navegaban con bandera enemiga, pero se dejaba á la mayor parte de sus tripulantes en libertad de reunirse con los suyos.

Guauguaychu, ciudad situada sobre la ribera derecha del Uruguay y sobre el Guauguay en Entre Ríos, cayó á favor de una sorpresa en nuestras manos.

Allí fué donde hice prisionero al mismo D. Leo-

nardo Millan, que en otra ocasión, habiéndose apoderado de mí, me hizo dar el *trato de cuerda* (1).

No tengo para que decir que le puse en libertad sin hacerle el menor daño, dejándole por todo castigo el miedo que experimentó al reconocerme.

Abandonamos á Guauguaychu, porque no era una posición sostenible, pero antes de salir hicimos pagar á sus habitantes una buena contribución, en dinero, en ropa y en armas.

Por último, después de muchos combates y aventuras, llegamos con la escuadra al sitio nombrado el Salto, y allí nos detuvimos, porque el Uruguay forma en él una catarata y después de ella no pueden atravesar el río mas que barcos pequeños.

El general Lavalleja, que ocupaba el país, le abandonó al saber nuestra llegada, obligando á sus moradores á seguirlo; y como aquel paraje era el mas á propósito para el objeto de nuestra expedición, porque no se encontraba lejos de la frontera, dispuse que nos estableciéramos en él.

Mi primera operación fué dirigirme contra Lavalleja, que se hallaba acampado sobre el Zapeoi, afluente del Uruguay. Puse en movimiento durante la noche á nuestra infantería y á los soldados de

(1) Cierta castigo que se conserva en algunas partes de Italia y de América.

30010

caballería mandados por la Cruz, y al amanecer nos encontramos cerca del campamento, que estaba defendido por un lado con los bagajes y por el otro con el Uruguay. Detrás tenía el Zapeoi.

Formé mis tropas en dos pequeñas columnas, y con la caballería extendida marché á la carga.

Después de un combate de algunos minutos fuimos dueños del campo, y el enemigo puesto en precipitada fuga atravesó el Zapeoi.

El resultado de esta operación fué el regreso al Salto de todas las familias que se habían visto forzadas á abandonar sus hogares por orden de Lavalleja.

En aquella acción cogimos al enemigo cien prisioneros sobre poco más ó menos, muchos caballos, bueyes, municiones y una pieza de artillería, la misma que había tirado sobre nosotros en el ataque del Hervidero, de fundición italiana y sobre cuyo bronce se hallaban grabados el nombre de su fundador, Cosuno Cenni, y la fecha del año en que fué fundida, 1492.

Esta expedición honró sobre manera á la legión italiana, y dió grandes resultados.

Cerca de 3,000 habitantes volvieron á sus casas.

Dirigidos mis legionarios por Auzani se ocuparon inmediatamente en la construcción de una batería

sobre la plaza de la ciudad, posición que dominaba las cercanías; y yo envié correos al Brasil para ponerme en comunicación con los refugiados, comenzando, gracias á ellos, la reorganización de un ejército de campaña.

La batería fué construida y armada con dos cañones en tan poco tiempo, y tan bien, que en la tarde del 5 de diciembre de 1845, se halló pronta á responder á los ataques del general Urquiza, quien se presentó á combatirnos en la mañana del día 6, con 3,500 soldados de caballería, ochocientos de infantería y una batería de campaña.

En aquel caso tomé las disposiciones que deben ponerse en juego cuando se quieren centuplicar las fuerzas materiales con la influencia moral.

Dí orden á la escuadra de que se retirase sin dejar á nuestro alcance un solo barco, distribuí á mis hombres en las callejuelas, construyéndoles barricadas, y solo dejé abiertas las calles principales. Dí una orden del día incendiaria, y esperé al enemigo que, confiando en su fuerza, había hecho creer á sus soldados que los hombres con quienes iban á combatir tenían *corazones de gallina*.

A cosa de las nueve de la mañana nos atacaron por todos los flancos: nosotros les respondimos con el fuego que vomitaban por todas las callejuelas

nuestros tiradores y con el que lanzaban nuestras dos piezas de cañon.

Cuando los ví asombrados por nuestra resistencia, hice que cargasen sobre ellos dos compañías de reserva y se retiraron vergonzosamente, dejando un crecido número de muertos y de heridos en las casas de que habian empezado á apoderarse, no logrando cogernos mas que algunas reses, y esto por culpa de un piquete de una embarcacion de guerra inglesa, que unida á otra francesa, nos habian seguido enviadas por sus gobiernos hasta el Salto.

Estas dos embarcaciones se ofrecieron entonces á ayudarnos á defender el país, y el piquete inglés trasformó en fuerte una casa que protegia *al Corral*, donde teníamos encerradas cerca seiscientas reses. El enemigo envió un grueso destacamento de su infantería hácia este sitio, y los soldados ingleses fueron sobrecogidos de un terror tal, que huyendo unos por las ventanas y los otros por la puerta, dejaron á las tropas de Urquiza los medios de llevarse las reses sin la menor resistencia.

Durante veintitres días renovó el enemigo sus ataques sin alcanzar resultado alguno, y cuando llegaba la noche nosotros por nuestra parte no le dejábamos un instante de reposo.

Nos faltó carne, pero nos comimos nuestros caba-

llos; y así permanecimos hasta que convencido Urquiza de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró confesando que habia perdido en las diversas acciones que habia sostenido con nosotros mas gente que la que sucumbió en la batalla de India Muerta.

Al retirarse trató de apoderarse de mis embarcaciones para atravesar el rio; pero, gracias á mi vigilancia, frustrado su proyecto, se vió en la necesidad de pasarle dos leguas mas allá, despues de lo cual acampó al otro lado del Uruguay, en las llanuras de Camardia, frente al Salto.

Mientras que Urquiza levantó el campamento hice atravesar el rio en pleno dia á algunos soldados de caballería protegidos por nuestras embarcaciones y por algunos soldados de infantería.

Esta pequeña division atacó á la fuerza que guardaba una inmensa yeguada que pacia en aquellos campos, y se apoderó de un centenar de caballos, para reemplazar á los que nos habiamos comido, haciéndolos pasar el rio y trayéndomelos antes de que el enemigo saliese de su sorpresa y tratase de impedirles su marcha.